

tudiado, a las clases altas —definidas como en el siglo XIX por la gran propiedad agraria—, debieron unirse la minoría de empresarios burgueses dedicados a las grandes empresas industriales y comerciales. Las clases medias, a pesar de su indudable crecimiento, no llegarían a modificar sustancialmente la estructura social, concentradas fundamentalmente a lo largo del eje poblacional ya repetido y sobre todo en la capital, en donde el simple incremento extraordinario de su población abría un mercado consumidor del que se beneficiarían los pequeños y medianos, muy abundantes, establecimientos comerciales e industriales, junto al natural incremento de su funcionariado y de las profesiones liberales. En la base de la pirámide social se situaba la inmensa mayoría de la población activa: los jornaleros del campo y el proletariado industrial. Si los primeros formaban un bloque definido, los segundos agrupaban a los trabajadores de las industrias más grandes y modernas junto a los de las empresas pequeñas, tradicionales, todavía mayoritarias numéricamente dentro del panorama industrial de la provincia.

Este proletariado industrial constituyó la base del movimiento obrero en nuestra provincia. Una vez más eran las poblaciones situadas en el eje NO.-SE., favorecidas como sabemos por el crecimiento económico, las primeras en contar con sindicatos de tendencia anarquista y socialista: Villarrobledo, Albacete, Almansa y Hellín. Interrelacionado con el movimiento obrero a nivel nacional, Albacete empezó a participar en diversos movimientos huelguísticos, como en 1916 y 1917.

4. La difícil estabilidad de la II República.

Como en gran número de poblaciones españolas, la República fue acogida en Albacete con gran alborozo. Pero desgraciadamente el nuevo régimen se instauraba dentro de una estructura social caracterizada por sus profundos desequilibrios y por la debilidad numérica de sus clases medias. Así, desde muy pronto, la República ofreció una coyuntura sociopolítica diversa. En líneas generales para las clases medias habría llegado la hora de la democracia, de la efectiva soberanía popular —adulterada y suprimida por el régimen de la Restauración y de la Dictadura—, y de la aplicación de un programa de reformas sociales para modernizar a nuestro país. Para las clases populares, muy mayoritarias, la República quedó asociada a la mejora de sus niveles de vida, a la superación de la miseria de siempre, aspectos que al no verse logrados con la rapidez deseada se buscó su solución no por la vía de las reformas “burguesas” sino por las revolucionarias. Fue este último enfoque de la República el que principalmente puso en guardia desde un principio a la minoría social de los grandes propietarios, acostumbrados al control, durante tantos años, de poder político y económico.

Sobre la base de estos planteamientos, la República y posterior Guerra Civil ofrecieron en Albacete aspectos singulares. Así, la provincia conoció mo-